

Caipirinha con la Muerte

María Ernestam

Capítulo uno

Cuando la Muerte entró en mi vida me cogió desprevenida y decir que no fue para mí muy difícil. Me pidió entrar y la dejé pasar. No pensé en la posibilidad de cerrar la puerta y decirle que se fuera, sí, por qué no, que se fuera al infierno.

Cuidado, ahora no estoy hablando de una muerte repentina o la notificación de una enfermedad sin retorno. Ni de las fantasías de suicidio que puedan surgir cuando la tristeza se extiende como mala hierba, resistente a las partículas pulverizadas de cada pensamiento positivo. La Muerte caminó con paso firme a través de la puerta, se quitó la indumentaria, y sin desprenderse de los zapatos, se acomodó en mi sala de estar. El sillón que eligió en su primera visita era no sólo atrayente, también confortable. Aquel sillón azul claro desgastado, proveniente del siglo pasado, no había fracasado nunca con las visitas haciendo que se sintieran como en casa. Era suficiente aquel tejido deshilachado para hacer sentirse bien al más gruñón.

Así que ella también decidió sentirse como en casa. Por supuesto me di cuenta que habría consecuencias para ambas partes. No se muda uno al sillón de terciopelo de alguien sin que se produzca algún cambio. No cuando, al mismo tiempo, pide un expreso más fuerte y pone las piernas sobre el brazo del sillón diciendo que quiere explicarse.

Hasta ese momento decidí contemplar a la Muerte con "m" minúscula, como sin darle importancia. En mi familia las personas mueren por la edad, y cuando un hermano de mi abuelo o primo de mi abuela deja de respirar, en algún momento entre los noventa y los cien años, es difícil que eso inspire una pena profunda, sólo un tipo de melancolía nacida de la comprensión de que algo está inexorablemente terminado. Puesto que la mayoría de mis parientes, además, eran tan considerados que morían de forma relativamente agradable y sin dolor, las pérdidas eran de lo más aceptable. Pequeñas joyas a colgar en la memoria.

En nuestros entierros familiares, un ambiente casi indeciblemente alegre siempre competía además con el desánimo restante. Mi familia está bastante loca y llena de excéntricos amantes de la música que, gustosamente, quedan con sus hermanos de sangre en ocasiones, digámoslo así, tristes. Solemos divertirnos sin freno obviando distinciones generacionales y en las fotos de los entierros pueden verse casi siempre caras sonriendo o haciendo muecas, personas que tienen el don de ser ridículas, y así se consideran mejores que los pobres que se atienen a las convenciones.

Dado que la muerte estaba asociada a la vejez y a la alegría, por lo menos alrededor de mí, en la adolescencia la creciente comprensión del estado del mundo no podía variar esta imagen de la vida. Mis convicciones sufrieron su primer rasguño cuando con veintidós años, casualmente, viajé en Interrail junto a una compañera de Historia de la Literatura. Kari era una flor de cuneta típica. Su padre era alcohólico y el único lema que su madre tenía en la vida podría resumirse en las palabras “mañana será otro día” y por eso Kari tuvo una infancia relativamente chungueta. Se fue de casa cuando tenía dieciséis años y desde entonces se había mantenido por sí misma. Aprobó el Bachillerato en tiempo récord y se lo costeó trabajando en restaurantes por las noches, antes de que se mudara a Uppsala para seguir estudiando.

Las personas alrededor de Kari morían una tras otra, me contó una vez de madrugada cuando empezamos a tener confianza en un compartimento de tren en algún lugar de la campiña francesa. Se trataba de accidentes de motocicleta en Suecia, en autopistas europeas, de un ex-amigo que había sufrido cáncer de piel, se trataba de su mentor de Bachillerato para adultos que se había suicidado, de un hermano que se salió de la carretera chocando contra un árbol, el único árbol en decenas de kilómetros. Y así continuaba de forma interminable.

- Estoy harta de que la gente muera, Erica -ella suspiró, y se acurrucó en el asiento con un ademán enervado mostrando que estaba enfadada con todos aquellos que la habían abandonado sin una disculpa ni previo aviso. Allí se quedó indiferente, mientras le contaba las historias de las muertes en mi vida que eran cortas, un poco alocadas y podían resumirse en el lema familiar: Ríete mientras puedas que pronto crecerá la hierba sobre tu cabeza.

Muchos años después Kari me comentó que hasta esta charla no había aceptado el hecho de que la gente podía morir de forma natural e incluso a muy avanzada edad. Yo podía, en verdad, rebatirle y le dije que ella era quien me hacía comprender que la vida podía terminarse en cualquier momento y quizá igualmente de un modo brutal y nauseabundo.

Sin duda no era suficiente para sentir la muerte como una amenaza pero, según he ido haciéndome mayor, he empezado a reflexionar cada vez más sobre si la muerte estará emparentada con la pena y la pena con el abatimiento. Quizá por eso guardaba la muerte

dentro de mí, a pesar de que mi entorno definitivamente me incluía en la categoría de los vivos. Estos pensamientos llegaron cuando cumplí los treinta y cinco y mi estabilidad emocional ya empezaba a ser como una montaña rusa. O más bien, me sentía así si durante el día había un vacío, una especie de languidez interna que no podía explicar, una melancolía en la mesa del desayuno a pesar de que el sol brillara, una estrofa de una melodía triste en el pensamiento. Claro que, durante la última parte de mi adolescencia, me veía afectada por agujeros negros mentales, pero eso no era lo peor ya que podía salir de ellos a base de una fuerza de voluntad brutal y disciplina. Veía, ya entonces, como la gente se enganchaba a su propia apatía hasta que no podían ni moverse y en comparación con esto mis sentimientos de vacío no eran nada del otro mundo.

Pero ahora los ataques empezaron a durar más tiempo. Semana tras semana me sentía como un espíritu del bosque, con una fachada maravillosa, pero con un agujero detrás si uno mira por la espalda. Las relaciones de trabajo funcionaban mejor, allí yo estaba en terreno seguro, confiada en mis habilidades intelectuales y con la certeza de lo que tenía que obtener y cómo iba a conseguirlo. Pero lo que podría lograr con lo demás, lo que haría con ese terreno baldío, al otro lado de la valla, llamado vida libre, lo sentía cada vez más borroso y esquivo. Tenía un trabajo, un apartamento y un compañero en este orden y podría tener intenciones de sentar la cabeza y nadie a mi alrededor sentiría que tengo motivo de queja, y de esto se quejaban. La frase “con lo que tú vales” se repitió como un mantra, tan pronto como me atreví a mencionar el agujero en la espalda, como si se tratara de tejido de celulosa que podría apretar como un relleno detrás.

El único consuelo en este sentimiento de miseria, del que yo no era consciente, era mi costumbre de jugar con diferentes visiones suicidas. Realmente no tenía nada que ver con el Gran Final, sino que era mi naturaleza dramática, que buscaba este tipo de expresiones extrañas por su creatividad. Yo había pasado por varios escenarios antes de descubrir el que parecía perfecto. La idea surgió en Alemania, donde en una gasolinera encontré una cuerda de color rojo brillante usada como remolque de vehículos. La cuerda era de plástico duro y tenía un gancho robusto en ambos extremos, la compré de inmediato para su futuro uso.

Sería perfecta para enganchar un extremo a la barandilla de nuestro balcón y el otro alrededor de mi cuello. Antes de eso, me habría maquillado el rostro con polvos blancos y llevaría un vestido de gasa gris azulado, comprado hace mucho tiempo para la alegre despedida de un curso de principiantes de bailes de salón. Uno, dos, tres, cha-cha-chá, dos, tres, cha-cha-chá.

Vi delante de mí cómo los vecinos levantarían la persiana por la mañana y descubrirían una figura femenina que flotaba en el aire rodeada de gasa de color gris azulado, que es de esperar que parecieran alas. La imagen sería hermosa y perfecta, tal y como me esforcé por ser en la vida, y los vecinos dudarían mucho antes de darse cuenta de que no estaban mirando un ángel o un ser extraterrestre sino a una vecina que se había ahorcado.

- ¿Por qué tienes que ser siempre tan dramática? preguntó Rebecka, una de mis más viejas amigas, cuando discutimos sobre las teorías del suicidio con una copa de vino. Con Rebecka podía hablar de cosas que escandalizarían a otras personas porque ella también creía en la reencarnación, el tema no le era angustioso precisamente. Además fue ella la que me habló de los polvos blancos. Yo no había pensado que el ahorcamiento podría causar una cierta coloración azul.

- Personalmente me encogería en la parte trasera del garaje como un pequeño ratón gris y arrancaría el motor del coche. Esperaría que ningún niño me encontrara, continuó. Podríamos reírnos aliviadas de esto, y más tarde separarnos con un "¡Que tengas una buena ansiedad!", una frase que para el resto del mundo, excepto para nosotras, era difícil de entender como algo constructivo.

En esa fase estaba entonces cuando la Muerte decidió venir a vivir conmigo. A pesar de que jugaba con la idea de la muerte en mi mente yo no estaba preparada. Al principio, era reticente y tenía un poco de miedo, hay que reconocerlo. Todo lo cambió la Muerte. Me di cuenta más tarde que la Muerte no duda cuando piensa que la vida de los hombres debe ser radicalmente cambiada. Pero debería haberlo entendido desde el principio.

Cuando Tom y yo empezamos a salir, con esa expresión que suena tan bonita, llevaba tras de mí unas pocas relaciones esporádicas y una gran cantidad de lánguidos amantes. Él, por su parte, llevaba dos o tres relaciones sólidas en la mochila todas empezaban con la ambición de convertirse en algo serio pero después, cuando no cumplían las demandas, terminaban de forma civilizada. Todavía enviaba simpáticas tarjetas de Navidad a todas sus ex y recibía el mismo saludo amistoso a lo largo de los años acompañado por imágenes de los maridos y los bebés con gorritos de Papá Noel.

Nos conocimos en una conferencia de prensa en Munich, en uno de los "road shows" donde las empresas suecas creen que pueden aportar capital adicional. Me habían enviado para escribir un análisis sobre los antecedentes de una de las empresas implicadas. La razón por la que la revista me enviaba no era por causas humanitarias, para que yo saliera y me esparciera. Más bien se habían olido que yo podría reunirme al mismo tiempo con el director ejecutivo, el

director financiero y algunos sedientos subordinados y así recabar toda la información la misma noche. De esta manera pude entregar el trabajo de forma rápida, sencilla y a buen precio. Lo que consideraba, en esta ocasión, una forma de explotación aceptable.

En el avión me senté cómodamente recostada porque el sitio a mi lado estaba vacío y pude usarlo como área de almacenamiento. Me gustaba, como siempre, esa sensación de estar de camino, esa tierra de nadie donde me sentía realmente libre. La regla de los monjes budistas de no poseer más de siete objetos siempre me había agradado y, a pesar de mi debilidad por las cosas bellas, esa visión casi se cumplió en el asiento del avión. Ordenador portátil, bolso, prensa, abrigo, yo misma, una bolsa con avituallamiento del aeropuerto. Llevaré la indumentaria, pero no necesito un plato de limosna. No vayamos a pasarnos de la raya.

Desde que había terminado mi extraña mezcla de estudios en literatura, química y alemán había trabajado como una especie de informadora y periodista. Un conocido, que trabajaba en una empresa farmacéutica, me había preguntado si podía hacer un informe sobre su compañía que quería vender un producto sin demostrar demasiado empeño. Ese trabajo se adaptaba a mi perfectamente porque me podía sentar en casa con mis viejos pantalones de deporte, la tetera a mi lado (vino hasta la madrugada) y James Taylor de fondo mientras que tenía contacto telefónico frecuente con mi cliente y por lo tanto no tenía que sentirme aislada.

El resultado fue bastante bueno, ya que iba a ser contratada de manera regular y no pasó mucho tiempo antes de que formara mi propia compañía. Mi piso de dos habitaciones en Vasastan se reformó y después, a medida que el número de clientes fue a más, pude tener un despacho sin compartir el espacio de la mesa de la cocina con las migas. Revistas especializadas de todo tipo empezaron a ponerse en contacto conmigo y en realidad rara vez tuve que llamar a alguien para recibir un desinteresado "no" de editores cansados con presupuestos reducidos.

Mi primer trabajo de publicidad también apareció por casualidad. En una conferencia de fármacos, me las arreglé para sentarme junto al director de marketing de una fábrica grande de condones. Acababan de contratarles para un gran proyecto sobre el sida, en el que la Junta Nacional de Salud también participaba. El objetivo era reducir el número de casos de sida en Suecia ya que la curva estadística había comenzado a aumentar al mismo ritmo que el dinero del gobierno destinado a las campañas contra el sida se había congelado en beneficio de enfermedades más frescas.

Nos fueron entonando un poquito con el vino gratis, más o menos aceptable, que nos dieron y yo acabé de confirmar al director de marketing la sospecha de que algún vendedor creativo había adornado los canapés con la última pastilla contra la diarrea o con algo mucoso. Luego

nos reímos a escondidas haciendo una propuesta imposible tras otra; entonces puse en marcha una idea inspirada en una potente zanahoria naranja brillante, lo demostramos con o sin condón enfundado en ella, y con un texto publicitario al estilo de "es súper saludable y nutritiva, buena para masticar o chupar, pero todavía tiene que estar protegida contra los bichos".

Al día siguiente me llamó el hombre al que se lo mostré, su nombre era Martin, y me dijo que me quería como gerente del proyecto para la campaña. Hasta el día de hoy, creo que le honra no haberme robado la idea y haberla lanzado como propia, especialmente porque la campaña zanahoria resultó tan buena que consiguió tanto el volumen de negocio como las ganancias aumentando en dos dígitos ese año. Martin y yo nos hemos mantenido en contacto desde entonces y siempre hemos sido capaces de intercambiar ideas en beneficio y utilidad de los dos.

Mi modesto negocio fue por tanto lo suficientemente bueno como para que yo pudiera mantener un nivel de vida aceptable, pero eso no impedía que un viaje gratis a Munich no resultara una ventaja añadida. Como siempre, aprovechaba el viaje en avión para leer los antecedentes de la compañía que se había especializado en el asma y las alergias, unos temas que yo sabía que estaban vigentes también en Alemania. La reunificación y la caída del muro habían dado a los investigadores científicos una oportunidad única para comparar fenómenos diversos en poblaciones genéticamente idénticas que se habían criado en un entorno diferente. En el frente de la alergia, había sido por ejemplo una sensación descubrir que los niños de los barrios pudientes del oeste tenían alergias significativamente peores que los niños de las sucias ciudades industriales del este. Tal vez, era este tipo de investigaciones las que interesaban en este momento a la empresa para tratar de hacerse publicidad.

Una vez allí tomé un taxi hasta un hotel céntrico donde tendría lugar la conferencia. La rutina era registrarme y refrescarme y enseguida bajé a la sala de reuniones reservada para la presentación. Como de costumbre, yo estaba con mi traje corriente, pero ligeramente coloreado, la única mancha de color en un mar de trajes más o menos bien cortados. Sin sorpresa observé que los analistas y banqueros alemanes llevaban zapatos oscuros y elegantes, mientras que los suecos, menos el director ejecutivo y un hombre cuya función no sabía, se jactaban de sus zapatos informales, mal brillantados y desgastados.

Naturalmente fue el hombre de los zapatos con estilo el que me llamó la atención. Fui hacia él y me di cuenta del nombre, Tom Álvarez, de la solapa de su chaqueta. La chaqueta también le sentaba inusualmente bien para pertenecer a un director sueco de nivel medio y el corte era igualmente inesperado, moderno para el continente, si es que se puede confiar en las revistas

de moda, pero hasta ahora poco común en los pasillos de negocios suecos. La camisa, además, estaba bien planchada, la corbata discreta pero personal y su piel tenía ese tono oliva pálido que solía dar testimonio, al menos, de algunos genes importados.

Tras mi discreta pregunta, Tom Álvarez resultó ser el director financiero y en este contexto responsable tanto de la prensa como de los analistas. Eso significaba que él me podía dar algo más de lo que una mesa cargada de materiales comerciales en tres idiomas me podía ofrecer, un bufé que, como en la mayoría de los cruceros, parecía ser apetitoso pero previsiblemente insípido.

Inmediatamente le expliqué mis demandas, a saber: mi propio chat con el director ejecutivo y con él mismo, tal y como se había comprometido a tramitar el propio Tom Álvarez. Incluso podríamos determinar los horarios de reunión del día siguiente, algo que me venía perfecto. Los discursos consumirían toda nuestra energía, así que era agradable poder organizar las impresiones y las preguntas y saber, además, que todo estaba reservado para mañana.

Más tarde, cuando hubo terminado la presentación, aprobada casi por los pelos, fue una sorpresa cuando Tom Álvarez me preguntó si quería ir a tomar una cerveza con él en el bar y hablar un poco, "off the record", por supuesto. Yo estaba lo suficientemente capacitada para desempeñar el papel de marioneta y asentí. Está de más que diga que pensé a continuación utilizar la información a mi conveniencia. Tom Alvarez parecía saber en lo que se estaba metiendo. Por otra parte no se trataba de un trabajo de topo, era un informe bastante directo para un desarrollo comercial igualmente directo.

Lo inesperado fue que me lo pidiera. No soy demasiado fea, pero apenas segrega ese tipo de vibración erótica que nutre las fantasías sexuales de pasar una noche al abrigo de un hotel. Los hombres con el olfato de Ingmar Bergman suelen sentirlo al instante y rara es la vez que tengo alguna propuesta indecente.

Para Tom y para mí, en cualquier caso, no era cuestión de secretos comerciales o vergüenza. Habíamos terminado con las formalidades y comenzamos a hablar de temas personales. Descubrí que Tom era de padre colombiano y madre sueca, se había criado en Colombia y había pasado muchos años en EEUU. Él era economista e ingeniero titulado y se había mudado a Estocolmo después de un reciclaje y un curso de lengua combinada con lo que había obtenido una atractiva oferta de trabajo. Después de trabajar en un par de empresas, terminó por dejarse caer en Nexicon, ya que parecía que todo estaba en orden, tanto los horarios como los colegas de trabajo y las bonificaciones.

Todo esto lo contaba gradualmente, para alguien como yo que odiaba la arrogancia, con un lenguaje corporal que me enviaba señales universales y me atraía bastante.

- ¿Y tú? me preguntó después con sincero interés. Yo fui igual de precisa con la historia de mi vida y luego hablamos durante horas aunque sin sentirnos ni demasiado íntimos ni demasiado superficiales. Después de aquello, he llegado a pensar que durante la conversación tocamos temas que nunca escogeríamos de nuevo, como el de la religión, su presencia o no en una sociedad secular. Fue una discusión provechosa, incluso más por lo inesperado del tema, y porque yo estaba sentada frente a un hombre que creía que el tema religioso daba la talla para un bar de hotel.

Nos despedimos después de intercambiar números de teléfono y tras un pequeño abrazo, muy controlado, en el que sentí por primera vez la fragancia especial de Tom, una mezcla de cedro y canela que no tiene nada que ver con una loción de afeitarse, ya que es el olor que emana de su piel, probablemente desde su nacimiento. Los dos estábamos seguros que sacaríamos beneficio de reunirnos de nuevo, sin contar la entrevista oficial al día siguiente, y ambos probablemente notamos que había posibilidades de que aquello también fuera bueno para nosotros.

Fue muy bueno, al menos durante cinco años.

Tom y yo empezamos a vernos con regularidad, casi inmediatamente después de aquella noche en el pub en Munich, lo que no nos sorprendió. Parecía evidente desde el principio que valía la pena arriesgarse con nuestro incipiente romance. No hay muchas ocasiones en la vida, argumentaba Tom, para conocer a alguien con quien se pueda disfrutar y con quien uno quiera envejecer, con quien estar de acuerdo. Por mi parte, asentí, se trata de aprovechar la oportunidad cuando se presenta. Puede sonar un poco aséptico a ojos de un extraño pero, en primer lugar, no hablamos de esto con nadie, y en segundo lugar nosotros sabíamos lo que queríamos decir.

No es que no hubiera pasión al principio, en las primeras llamadas telefónicas de Tom, en los e-mails que iban y venían, las reuniones en la ciudad, la incipiente intimidad, el entusiasmo y las primeras noches inciertas, tanteos que pronto se convirtieron en una rutina agradable y cálida, quizá es que nos reíamos mucho, todo el tiempo. Hacíamos una buena pareja y nos dimos cuenta de inmediato. Tom era inteligente sin ser autoritario y también tenía un gran respeto por lo que yo hacía. Nuestras opiniones, sin duda, podían ser diametralmente opuestas en cuestiones de política o en cuanto a la utilidad o no de ver una película ganadora en Cannes, pero eso nunca nos hizo dudar de lo que sentíamos. Tanto Tom como yo fuimos pronto aceptados por la mayoría de nuestros respectivos amigos y empezamos a ser considerados como una pareja estable en, lo que sólo puede ser llamado, un tiempo récord.

También teníamos una situación económica bastante boyante y no es verdad que esto no fuera un estímulo para cualquier tipo de amor. El salario de Tom era más que bueno para los estándares de Suecia, condimentado a veces con las primas tanto de Navidad como de verano. Respaldo con mis ganancias de la empresa pudimos permitirnos ahorrar y conseguir mucho de lo que queríamos sin preocuparnos demasiado por el precio.

Tom me había traído también el sentido del buen gusto y me enseñó que yo no estaba tan versada en estos temas. Poco a poco encontré mi propio estilo y el apartamento que compramos juntos en Söder fue enseguida una combinación muy afortunada de techos altos, piedra caliza de la isla de Gotland, madera natural y salpicaduras ocasionales de color en las que uno podía dejarse los ojos. Me encantó desde el primer día.

Nuestra vida en común consistió en trabajo, trabajo, visitas a algunos restaurantes, vacaciones agradables, y de vez en cuando encuentros con los amigos. De mis amigas las que más destacaban eran tanto Kari como Rebecka. Yo tenía que verlas a solas porque Tom no sacaba nada en claro de sus teorías acerca de las terapias alternativas o la actitud de las lesbianas en ciertas tribus africanas. Yo, en cambio, me adaptaba como un camaleón entre los amigos de Tom procedentes de diferentes ámbitos de su vida y podía discutir sobre el carácter latino con los amigos colombianos de la escuela y sobre la genómica con los colegas de trabajo. Alabada sea la adaptación, aunque yo no la veo como tal. Estar con los agricultores y comportarte como ellos, tratar con académicos y convertirte en uno. Este comportamiento lo he llevado conmigo desde que puedo recordar, una forma de ser que tiene su origen en mi familia, un gen ancestral muy especial que nos permite a todos relacionarnos siempre con gente de alta o baja extracción social mientras sea divertido o útil.

Todo estaba, con otras palabras, calculadamente bien organizado. Por eso me resultaba cruel no poder alcanzar este modelo de perfección, así que me vi forzada a permanecer con la espalda contra la pared hasta que el agujero no fuera visible. Al menos con Tom podía, en parte, hablar de lo que sentía y él me escuchaba y se acercaba a darme alguna solución concreta. "¿Unos nuevos clientes?" "¿Tal vez intente algo totalmente diferente?", "Tú tienes mucho talento Erica, no tendrías que sentirte así". Yo sabía que lo decía sinceramente.

Era aún peor en el contexto social, una expresión que por cierto todavía me molesta sin que pueda decir la causa. Cuando estábamos con cuatro o cinco parejas en una fiesta o con amigos de amigos en cualquier restaurante, me sentía como una extraña y cuando estaba en el punto más álgido me elevaba hasta el techo. Allí estaba yo entonces, viéndome a mí misma y toda esa situación como si una parte de mí hubiese presentado a toda prisa una carta de dimisión y renuncia con efecto inmediato.

Podía pasar como en la noche en que Tom y yo salimos a un restaurante español con Catrin, una colega de Tom, y su marido Anton, un músico con el que generalmente me gusta hablar de jazz. Justo cuando nuestras tapas humeantes llegaban a la mesa sentí que estaba flotando hacia el techo. Miré a Erica allí abajo sirviéndose tortilla de patata y ensalada de tomate con lomo de cerdo y, en ese momento, oí como Tom y Antón se adentraban en una conversación sobre el teatro, mientras que Catrin se volvía hacia mí.

-¿Qué proyecto estás haciendo en este momento Erica? La pregunta se caracterizaba por su franqueza y desde el techo podía ver como yo rebobinaba la cinta y pulsaba el "play".

- Ahora tengo dos cosas en marcha. Un artículo para el *Boletín de Farmacéuticos* sobre la investigación forense y también otro asunto para Doolittle's. No es algo confirmado, pero estamos en conversaciones. En este caso se trata de una campaña publicitaria dirigida a introducir un nuevo tipo de seguro. Así permitiría a las personas mayores permanecer en casa y al mismo tiempo obtener el dinero que recibirían si se vendieran sus propiedades. Pero ya veremos.

Catrin bebió la información con el Rioja, algo en lo que estábamos de acuerdo, y continuó la audiencia. Ella era del tipo de personas que van paso a paso teniendo una lista mental de los puntos a tratar durante la tarde. Mi situación laboral había sido al parecer un elemento en la lista.

- ¿Así que tienes trabajo suficiente? ¿Eres tú quien debes llamarles o ellos a ti?

- A veces yo, a veces ellos. Tengo algunos clientes a los que llamo con regularidad para que sepan lo que está pasando, y unos cuantos que me llaman a mí. Compensa a largo plazo aunque algunos meses son algo más flojos que otros.

Yo iba escupiendo mis respuestas mientras que la Erica del techo escuchaba con indulgencia o me susurraba que estaba utilizando aquellas frases con tanta frecuencia que, incluso Catrin, las debería de haber oído en algún momento. Que en lugar de eso, debería contar que he disfrutado mucho en ocasiones bebiendo vino en mi despacho, pero que era terriblemente molesto cuando alguien me preguntaba constantemente "¿trabajas?" como si la oficina en casa siempre significara tomárselo como una haragana en el sofá hasta que se demuestre lo contrario.

Había veces que la Erica del techo tenía ese estado de ánimo, trataría de hacerme llevar a cabo locuras. Ponte de pie y grita "polla", podría susurrar, y con gran esfuerzo conseguí no hacerlo realmente. Dile a Catrin que carece químicamente de humor o acércate a ella y bésale en la boca. Ponle la zancadilla al camarero y haz que se le caigan todos los vasos. No tenían fin las

maliciosas maquinaciones y me sentía como si todo se precipitara cada vez más rápido. En algunas ocasiones llegué a pensar que realmente estaba perdiendo la cabeza.

Pero Tom sería capaz de sacarme del barro y restregarme el peor hedor. Él se reía y las dificultades desaparecían, tenía que convertir las tinieblas en sombras oscuras que podían irse volando o quedarse con la etiqueta de "fenómenos normales". Para mi era la seguridad en la vida, una roca que siempre resistía recibir las olas de inquietud que golpeaban con fuerza variable dependiendo del clima y la atracción de la Luna. Una roca que era también hermosa, con una superficie rugosa llena de mejillones y percebes, tan hermosa que me olvidé que los percebes pueden hacer cortes terribles si te resbalas de lado.

Cuando sucedió, estábamos sentados en uno de mis restaurantes favoritos, un martes por la noche, que habíamos decidido dulcificar bajo el lema de no ser ridículos escatimando todo el placer hasta la noche del viernes o sábado o, posiblemente, domingo por la mañana. Tom había estado inusualmente enfurruñado en los últimos días. O más bien callado. Por lo general era él el más chispeante de los dos, llegaba a casa del trabajo y se preparaba la cama con mantas y almohadas y coronaba su obra con un té o una cerveza, dependiendo del estado de ánimo. Ven aquí a hablar, Erica, solía gritarme y entonces salía de mi cueva de escritora parpadeando como un topo.

Después recorriamos lo sucedido durante el día, "¿qué has hecho?", y si eran días buenos se trataba a menudo del mejor momento, cuando hablábamos de eso y nos desperezábamos al sol de la persona sentada enfrente. Lo buena que eres. Lo buena que eres TÚ.

Cuando pedimos el aperitivo, me di cuenta de que esos momentos se habían congelado en las últimas semanas. Martini para Tom, caipirinha para mí. Durante mucho tiempo me ha encantado la bebida, el contraste entre el ácido de la lima machacada y el azúcar moreno, del color de las algas verdes.

Pero la cena no fue tan buena como de costumbre. Utilizamos a menudo este tipo de noches para reafirmarnos el uno con el otro, recorrer nuestras finanzas, discutir las vacaciones u otros temas importantes. A veces, yo hablaba del agujero de la espalda en el café y Tom me hacía casi siempre sentir mejor después. Él, por su parte, me hablaba de su preocupación por el futuro de Nexicon, el clima tan difícil que había para la empresa, que al igual que todos los demás gigantes de la industria farmacéutica, estaba a punto de perder algunas patentes importantes y amenazada por medicamentos genéricos baratos, imitadores del mismo contenido pero con un precio más bajo, un tercio del original.

Esta noche era diferente. Tom respondía con monosílabos a todo lo que abordaba, el artículo que hubiera podido vender sobre un medicamento para los enfermos psíquicos, la forma en la

que podríamos acoger a un amigo de la infancia de Tom si se decidía a visitarnos durante su vagabundeo por Europa, como debía desatascar el desagüe del fregadero que borboteaba. Me contestaba hasta de forma desagradable, lo que rara vez hacía. Evitábamos los dos las peleas como la peste y preferíamos argumentar y de esta manera salir de desavenencias. Ahora parecía que vendría una pelea, pensé, preguntándome lo que había hecho. El firmamento se rompió en el café, un expreso doble seguido inmediatamente por otro.

- Erica -dijo Tom mirándome- quiero que nos tomemos un descanso el uno del otro.

Sentí una ola de terror resbaladizo que se esparcía de la cabeza hacia abajo, una especie de ducha fría bajo la piel. ¿Una pausa? ¿Cómo?

- ¿Qué quieres decir? exhalé, mientras uno de mis pies de repente comenzó a temblar sin control. Tengo que lograr la manera de relajarlo pisándolo con el otro.

Tom pasó la mano por su hermoso y espeso pelo rizado de color castaño, hundió la cabeza entre las manos y luego alzó la vista. En realidad tenía los ojos brillantes, pero cuando siguió lo hizo decidido, igual que en ámbitos empresariales.

- Erica, ¿no te das cuenta de que hemos caído en la rutina? Que el hecho es que no pasa nada. Que nos estamos convirtiendo en una pareja como otra cualquiera, que no sabe si llevan veinte, treinta o incluso sesenta años. Esto era lo último que quería ser. Regular y predecible. Tom hizo una pausa, miró por la ventana la escena de la calle que parecía impropia y hermosa esa noche y luego se volvió hacia mí.

- ¿Recuerdas cuando os enseñé las fotos del Proyecto de Lectura en Colombia? ¿te acuerdas? Nos visitaron Janne y Betty y Martin y Harry y unos pocos más. Les conté lo que hice durante aquellos pocos meses tan importantes, cuando acababa de cumplir dieciocho años, tal vez la época más importante de mi vida. ¿Y qué hicisteis? Bostezasteis y pensasteis que era malditamente aburrido y que lo único que era divertido era ridiculizarme diciendo que yo tenía una barriga que sobresalía por encima de mis pantalones cortos.

Me acordé de la noche de las diapositivas. Lo recordaba demasiado bien. Habíamos convocado a un grupo de amigos comunes, la mayoría de Tom de hecho, para una noche latina. Habíamos comido nachos, bebido tequila y caipirinha, lo estábamos pasando muy bien cuando Tom sacó el proyector y sugirió que echáramos un vistazo a algunas fotos que tenían que ver con el ambiente.

Todo el mundo sabe que una presentación de diapositivas que no tiene nada que ver con los invitados, pero sí con el anfitrión o la anfitriona, es la manera más segura de matar una fiesta. La combinación de la oscuridad, la obligación de quedarse quieto y alguien que dé la tabarra sin parar, viene casi siempre a terminar en que las personas, cuando la luz vuelve a

encenderse, se levantan y se ponen sus chaquetas. Traté desesperadamente de evitar el plan, pero Tom era terco, por eso nos sentamos y miramos apáticos los cargadores de diapositivas uno tras otro, todos llenos de fotos de Tom en pantalones cortos en la selva.

Él había estado involucrado en algún tipo de programa estatal de lectura, en el que los estudiantes universitarios fueron como profesores descalzos a las aldeas remotas de la jungla, cuya población india no sabía ni leer ni escribir. Se detuvieron un par de semanas en cada lugar y de hecho lograron elevar considerablemente el índice de lectura. La mayoría de los niños y bastantes madres habían aprendido a leer de forma fluida para poder progresar ellos mismos y hacerlo con otros. Dios no lo permita, pero yo en realidad, olvidé lo que había pasado con los hombres de esos pueblos. A pesar de todo, tenían quien les había enseñado también a no perder su dignidad como hombres.

Es cierto que en el tercer cargador ya estábamos bastante cansados de oír las buenas obras de Tom en la selva. Empezamos a reírnos a hurtadillas, sí, es posible que nos riéramos de la barriga de Tom que, en aquel momento, estaba graciosamente en baja forma. Harry había empezado a hacerme cosquillas en el cuello, mientras con voz infantil me preguntaba si yo podía enseñarle a leer, mientras que Betty se partía de risa doblemente al ver a una mujer indígena que manifestaba su desprecio por la enseñanza mostrando el trasero al maestro. Todo esto mientras Tom insistía en el éxito del programa, cuántas personas fueron participando y lo que significó para la población.

- Casi no pude dormir esa noche. Me retorció y sudaba, estaba casi en estado de pánico, -continuó Tom-. Hacia la madrugada me levanté, me hice una taza de café y salí al balcón. ¿Y sabes lo que me pareció entonces, Erica? Se me ocurrió que nadie sabe quien soy. Este proyecto significó algo para mí. A veces, cuando pienso en lo que hice allí, me siento más orgulloso de aquello que de todos los exámenes o planes de negocios malditos. Pero para mis amigos y para ti era sólo algo de lo que reírse.

Me quedé en silencio. No podía decir nada. Dios mío, había sido una fiesta. Claro que pensaba que era importante la alfabetización en el Tercer Mundo y si lo hubiéramos hablado en cualquiera de nuestros momentos juntos, sin duda, habría escuchado con interés. Pero no en ese mismo instante. Nosotros ni siquiera estábamos lo suficientemente sobrios.

- Por encima de todo -prosiguió Tom- sobre todo, me di cuenta de que ya no me conocía a mí mismo. Una vez fui un revolucionario que quería ayudar y usar mi intelecto para lavar mi conciencia. Luego vino el barniz en forma de enseñanza universitaria y las grietas empezaron a desaparecer. Cicatrizar. Y después EEUU, el empleo y Nexicon y toda esa mierda... y

después tú. Perfecto. No hay surcos de ramas cortadas. Es una superficie lisa, pero el que trate de agarrarse sólo se resbalará.

- Pero Tom -intenté- ¿no soy perfecta? ¿Qué es lo que nos hace ser tan perfectos? Tenemos nuestros miedos y rarezas y ...

- ... y tienes un agujero en la espalda, Erica, lo sé. -Tom hizo que sonase como algo inusualmente repugnante-. Sólo me preguntaba cómo pensabas. Has conseguido tanto, eres inteligente y guapa, ascendiendo en el trabajo, ganas decentemente y has ligado conmigo, que sin duda debo ser considerado como un hombre agradable. Puedes leer. Has recibido una buena educación. Mira, como casi todos en este país, perteneces a una élite privilegiada en comparación con el resto del mundo. Y aún así no estás bien. ¡No puedo soportarlo más!

Tom desvió la mirada otra vez y luego se dio la vuelta hacia mí para disparar el último misil.

- Simplemente estoy cansado de ti, Erica. Condenadamente cansado. No sé si eso significa que no quiero tener nada que ver contigo nunca más, y estoy preparado para correr el riesgo de que pudiera cambiar de idea y que tú ya no quisieras ver ni rastro de mi. Pero ahora quiero estar sólo nada más. Para pensar.

Tom sacó su cartera y se levantó mientras cogía dos billetes de quinientas coronas que arrojó sobre la mesa.

-Quédate un rato. Bebe el café. Me largo a casa a llevarme lo más importante. Terminaré en una hora y luego me voy a vivir con John durante un tiempo, así que ya veremos. Te llamaré. Se fue.

Tan pronto como desapareció por la puerta corrí al cuarto de baño donde el menú salió en orden inverso. Expreso, mousse de frambuesa, el lenguado, el carpaccio de atún, caipirinha. Polvo eres y en polvo te convertirás. O algo así.